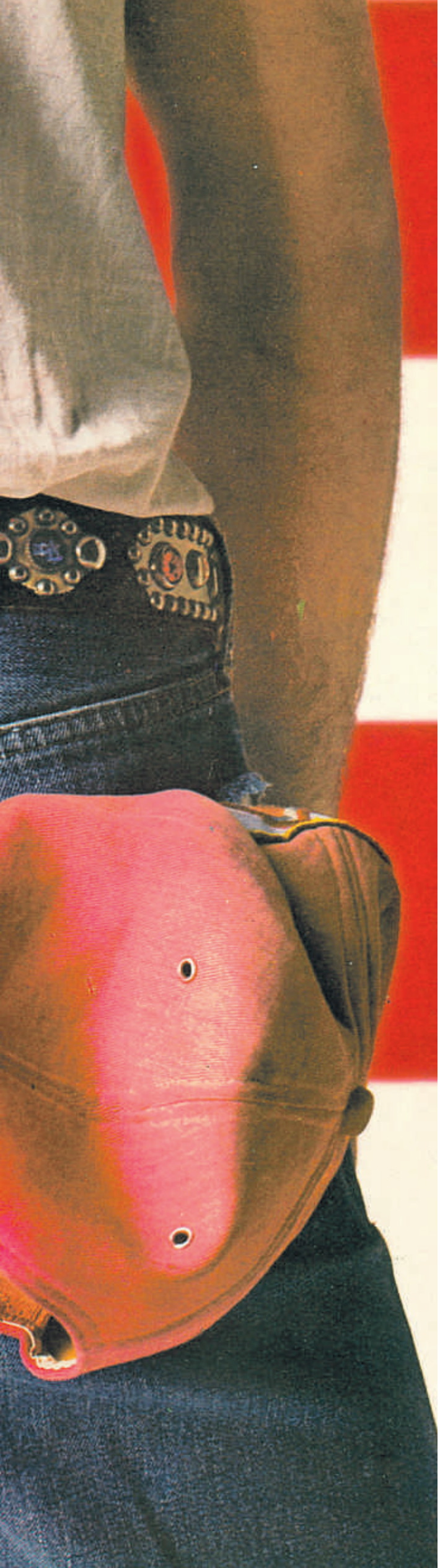

Música para la tortura

Tras la elección de Barack Obama como presidente de Estados Unidos el debate sobre la tortura vuelve a la primera página de la actualidad. Esta vez se ha reabierto con un nuevo frente: la música. Las investigaciones han revelado su uso sistemático por parte del ejército estadounidense desde el año 2002. En algunos casos, la música se ha utilizado para denigrar las convicciones religiosas de los detenidos. Mohamed al Qahtani fue sometido a la escucha de las canciones de Christina Aguilera con la intención de perturbarlo. La música se ha equiparado a una 'técnica banal' haciéndola sonar durante largos periodos de tiempo y a un volumen insoportable. Su efecto desorienta y abruma a los prisioneros. Tal como dijo un representante del gobierno norteamericano, "los deja fritos". A finales de octubre, un nutrido grupo de músicos presentó una queja formal al gobierno de Estados Unidos. Han reclamado que se conozcan los detalles acerca de cómo se ha empleado la música en los interrogatorios aplicados a los detenidos en Iraq, Afganistán, Guantánamo y otros lugares. La cantante Rosanne Cash advirtió que "la música nunca debería ser usada como una forma de tortura". El Tribunal Europeo de Derechos Humanos y el Comité contra la Tortura de las Naciones Unidas han dictado resoluciones para evitar esta práctica. Pero la música y la tortura han ido de la mano desde la antigüedad. Ni la historia de la música ni su naturaleza excluyen la eventualidad de que pueda acabar siendo utilizada de manera tan reprobable. Su propia capacidad de transportar y evocar sentimientos la convierte en un perfecto instrumento de manipulación sensorial, capaz de provocar la locura. Los artículos reunidos en este número fueron leídos en un encuentro sobre música y tortura que tuvo lugar en el Bard College (Estados Unidos) durante el mes de mayo de este año. Sus autores se preguntan qué hace posible que la música adquiera una finalidad tan terrible e insospechada. **THOMAS KEENAN**